

EL LIBRO DEL NENE

C.E. 1611



Eugenio Vercellotti

RAMÓN SOPENA • EDITOR •

PROVENZA 93-97 BARCELONA

L. E. 1611

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 20 de noviembre de 1919
Imprimase.

EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

FOR MANDADO DE SU SRÍA.
Lic. Salvador Carreras, pbro.
SCRIBO, CANG.

P. 2 pto.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

El libro del nene

ILUSTRADO CON 70 GRABADOS



R. 26.775

RAMÓN SOPENA, Editor.

Provenza, 93 a 97

BARCELONA

1930



4.8.1844

Derechos reservados.

EL LIBRO DEL NENE

HEROISMO DE ADELITA



—¡Pesas como un plomo, querida!—dijo Adela, después de llevar en sus brazos largo rato por la playa a su hermana Rosita, preciosa niña de pocos años.

Rosita, por toda contestación, soltó una carcajada infantil, argentina, llena de gracia. Sentóse Adelita para tomar aliento, mientras su hermanita, feliz y contenta, se entretenía jugando con los juncos y las cañas que bordeaban la orilla. Pronto la imitó Adela, y estaba en eso cuando llegó a sus oídos un grito desgarrador y casi simultáneamente el ruido peculiar que produce un cuerpo al caer al agua.



—No te muevas, nena; quédate quieta aquí—dijo precipitadamente a su hermanita—, no tardaré en volver.

Y corrió a ver quién era el desventurado a quien había ocurrido la desgracia.

¿Quién podía ser sino el travieso Adolfo? Lo peor del caso es que el pobre niño no sabía nadar; bien a las claras demostraba eso el terror que reflejaba su rostro, la agitación de sus brazos y sus frecuentes zambullidas.

Comprendió Adela que, como no volase en auxilio de él, so

ahogaría sin remedio. Afortunadamente, su papá le había enseñado a nadar; volvió la cabeza, vió que Rosita continuaba sentada, absorta en su juego, y sin vacilar un punto, sin pensarlo dos veces, aprovechando el momento en que se rasgaba la superficie del agua para dar paso por cuarta vez a la cabeza de Adolfo, gritó:

—¡Animo, Adolfo! ¡Allá voy; no te acobardes!



Agarrándose de las rocas salientes y de los arbustos que hallaba a mano, bajó la valiente niña hasta la orilla del mar: alargó su mano cuanto le fué posible... ¡vano empeño! ¡El náufrago se agitaba demasiado lejos! Este contratiempo, sin embargo, no detuvo el noble impulso de nuestra heroína. La niña afianzó sus pies en la roca, para que el salto fuese más largo, y con ánimo esforzado se lanzó en socorro de Adolfo.

Poco tardó en pescar al niño, pero el aturdimiento de éste hizo que ambos fueran a parar al fondo. Volvieron a la superficie, Adela hizo esfuerzos sobrehumanos para arrastrarlo hasta la orilla, pero el náufrago pesaba demasiado, y, por otra parte, el vestido le entorpecía los movimientos.

—¡Vamos a ahogarnos los dos!—pensó con terror la animosa niña.

Mas ¡oh, fortuna! en aquel momento llegó a sus oídos, sonando más dulcemente que todas las músicas, la voz de su papá que gritaba:

—¡Bravo, hija mía! ¡aquí estoy yo para auxiliáros a los dos!

La niña se sintió impelida hacia la orilla por un brazo fuerte, y como ella no había soltado a Adolfo, el salvamento fué tan feliz como completo.

—Eres una niña valiente, hija mía—dijo el padre luego que Adela le hubo referido lo que acababa de ocurrir—. No puedes imaginar cuánto es mi orgullo al pensar que eres mi hija.

—¡ Ah ! ¡ Cuán grande fué mi espanto al ver que el agua me cubría la cabeza !—exclamó Adela exprimiendo su vestido.

Los tres estaban chorreando agua ; pero, como Rosita no sabía andar, alguien tenía que cargar forzosamente con ella. Tómola en brazos su papáito, y la niña no debió hacer gran caso de la humedad, pues no cesó de reír en todo el camino de regreso a casa.

El que más sintió, al parecer, los efectos del baño, fué Adolfo ; pero, como su mamá le había prohibido que fuese a jugar a la orilla del mar, en vez de consolarlo, lo mandó a la cama sin cenar como castigo.

En cambio manifestó a Adelita su profundo agradecimiento por haber salvado la vida de su queridísimo hijo.



CAMBIO DE PROGRAMA

—Cuando sea hombre—decía Cristóbal—, seré marinero, que es lo que más me gusta; y, si no soy marinero, tendré una tienda lujosa y bien provista, y ganaré mucho dinero, y seré uno de los comerciantes más ricos de la ciudad. Una de esas dos profesiones seguiré, pero aun no estoy completamente decidido.

—¿Y para qué quieres ser marinero?—preguntó Margarita—. ¿Qué atractivos tiene la vida de mar?

—¡Oh, nada más encantador y delicioso! ¿Te parece poco poder zambullirse en el agua y darse un baño cuando y donde a uno se le antoje?—contestó Cristóbal.

—¿No has pensado que puede naufragar el barco? ¿Qué harías en tal caso?—objetó Margarita.

—¡Muy sencillo! Haría lo que hizo Robinsón Crusoe cuando se quedó solo en una isla desierta.

—Tienes razón; pero ¿y si estallaba un incendio a bordo? Porque no me negarás que también puede ocurrir ese percance. Precisamente hace muy pocos días leí el relato de un accidente de éstos, y te aseguro que, o mucho me equivoco, o los que iban a bordo no debieron encontrarlo muy agradable.

—Claro está que un incendio a bordo debe ser muy desagradable, pero tampoco me apura. ¿Ignoras que todos los barcos llevan sus correspondientes botes? Pues no hay más que apoderarse de uno, y ya tienes vencida la dificultad.

—No lo veo yo así... pero, en fin, convengamos en que sea como dices. Más peligroso y poco hacedero todavía me parece lo de poder bañarte donde y cuando quieras; pues qué, ¿no cuentas con los tiburones? ¡Uf! se me erizan los cabellos sólo al pensar en ellos. No creo que la profesión de marinero sea la que más te convenga, Cristóbal.

Cristóbal se quedó pensativo un rato, y al fin dijo:

—No andas del todo descaminada, Margarita; tal vez tienes razón. Un naufragio no me parece muy deseable, aun arribando a una isla desierta como Robinsón Crusoe, en el caso de que se llegase a encontrarla, lo que creo que no sucede todos los días;

y un incendio a bordo debe ser mucho más terrible todavía; y en cuanto al baño... no había contado yo con los tiburones, y la verdad es que la perspectiva de luchar con ellos no es muy halagadora. Tal vez me convenga más ser comerciante... ¿no te parece?

Discutióse ampliamente el asunto, y después de medir todas las ventajas e inconvenientes, ambos niños acordaron por unanimidad que Cristóbal se dedicaría al comercio y a ganar mucho dinero en tan honrada profesión.

Yo no puedo decir si Cristóbal fué en definitiva comerciante, o si sus papás le dieron otra profesión, pero es muy probable que no fuera ni marino ni comerciante. Figúrense que no tenía más de diez años cuando tomó la decisión de dedicarse al comercio, y entre los diez años y la edad en que suelen tener eficacia las decisiones de esa índole pueden sobrevenir millares de circunstancias que echen por tierra los planes mejor combinados. Por añadidura, opino que su papá debió intervenir también en el asunto: así como así, los papás son los que suelen decir en tales casos la última palabra.





“PAPÁ SE HA IDO”

Vivíamos solitos mi mamá y yo en una casita inmediata a la escuela que ella tenía a su cargo.

Recuerdo que una tarde, luego que los niños hubieron salido de la escuela, cerré el libro que tenía en mis manos para escuchar un lindo relato sobre Australia que mamá me estaba leyendo. Trabajo y muchas súplicas me costó conseguir que lo leyera, pues la lectura parecía acrecentar su pena y afligirla profundamente. Más de una vez se interrumpió para mirarme, y recuerdo que en una de esas interrupciones me mandó que me subiese una media.

Terminada la lectura, mamá se quedó profundamente pensativa, acariciándose los cabellos mientras yo contaba las baldosas del piso.

—¿Te acuerdas de tu papá?—me preguntó al fin.

—¡No!—contesté yo.

Después de la merienda, me dijo mi mamá en tono triste :

—Tu papá fué un valiente militar que combatió por su patria honrosamente, y tuvo que retirarse del servicio porque recibió muchas heridas que lo dejaron completamente inútil. Como a consecuencia de ellas no podía dedicarse al trabajo, quedamos muy pobres ; y tu padre comenzó a ponerse de mal humor y a cavilar noche y día sobre el medio de conseguir una honrosa subsistencia. Decidió al fin marcharse a Australia, no sin manifestarme antes su decisión por una carta que dejó sobre la mesa de la sala antes de marcharse. Tú solías escaparte entonces de tu camita por miedo a la obscuridad, y una noche te encontré en el pasillo, llorando amargamente. «¿Por qué lloras, hijo mío?» te pregunté. «¡Papá se ha ido, papá se ha ido!» me contestaste. Efectivamente : aquella noche se fué tu papá, y nunca más lo hemos vuelto a ver desde entonces.





TÍA PRUDENCIA

—¡Siempre lo dije, y el tiempo ha venido a darme la razón!
—exclamó la tía Prudencia, entrando muy agitada en el salón—.
¡Si no podía ser otra cosa! Alicia, esa niña traviesa, esa niña inquieta, se ha caído del columpio y se ha lastimado la pierna.

—¡Ay, tía, cuánto lo siento!—exclamó Matilde—. ¡Pobrecita! Alicia es una niña muy buena, tía, y tiene un corazón de oro. No es traviesa, no; pero, como quiere mucho a su hermanito, siempre está jugando con él. ¿Me permites que vaya a visitarla, papáito?

—Voy yo mismo, querida.

Aprovechó la tía el rato que el papá estuvo ausente para ponderar a los niños las fatales consecuencias que tienen siempre las travesuras.

Regresó el papá: todos los niños salieron presurosos a su encuentro revelando en sus miradas intensa ansiedad.

—Alicia—dijo el papá—ha sufrido una caída peligrosa; su herida es, desgraciadamente, bastante grave, tanto que la pobrecita estará coja mucho tiempo. Vuestro deber, hijos míos, es hacerle compañía y procurar consolarla y distraerla.

—Yo le llevaré mi escopeta y mi ratoncito blanco—dijo Juanito.

—Pues yo, todos mis chocecitos y mi caballito—añadió Lorencito.

—Yo procuraré distraerla leyéndole bonitos cuentos y entretenidas historias—terminó Matilde.

—Perfectamente—dijo el papá—. Apruebo el plan que podéis poner en ejecución desde luego, y que supongo contribuirá a que Alicia esté pronto en disposición de dejar la cama. Para entonces, tengo yo otra cosa que, o mucho me equivoco, o terminará felizmente su curación. Pienso llevarla con su mamá a la playa. También vendréis vosotros. Así como así, no os sentará mal la brisa del mar.

Efectivamente: dos semanas más tarde, hallábanse instalados todos en una casita rústica escondida entre ramajes, como si no quisiera dejarse ver por los transeuntes, y desde cuya azotea se dominaba la perspectiva del mar.

Es fama que en pocos días desapareció la cojera de Alicia quedando su pierna como nueva; no parecía sino que la caída del columpio hubiera sido un sueño. ¡Es muy posible! Una temporada pasada entre ramajes, respirando la brisa que viene del mar adentro, hablando con los pajaritos, con los peces, con las aguas, es algo así como un curso aprovechado de salud.



¡BIEN MERECIDO!

Pasó el curso, y en la escuela a que asistía Luisito llegaron los exámenes, como llega todo en este mundo, tanto las cosas buenas como las malas.

La mañana era hermosa. El sol de fuerte verano había disipado ya los poéticos arreboles de la aurora; callaban los pajaritos después de haber saludado con gorjeos y trinos armoniosos la aparición del nuevo día; la Naturaleza aparecía en plena fiesta. Pero ni los rayos del sol, con ser tan brillantes, podían compararse con los que momentos después iban a cosechar el fruto de sus tareas, ni los cantos de los pajaritos eran tan dulces como los que en el fondo de su alma entonaban los sabios en miniatura, ni la Naturaleza desplegaba sus galas con tanto orgullo como los que en aquel día llevarían o esperaban llevar a sus casas el codiciado premio.

Llegó, como digo, el día anhelado, y al salón de la escuela, preciosamente adornado, acudieron los niños vestidos con sus mejores trajes, dejando a la puerta las travesuras propias de su edad, pues veían ante sí a sus papás, hermanos y amigos de la familia, y la presencia de éstos aumentaba la solemnidad del acto y hacía más intensa la emoción de los examinandos.

A todo este auditorio iban a tener por juez los niños de la escuela. Algunos, llegado el momento del examen, se asustaron de tal modo que no pudieron contestar con acierto las preguntas que se les hizo; los hubo que sólo pudieron salvarse del fracaso gracias a las dulces y cariñosas miradas con que sus papás y amigos trataban de auxiliarlos. Mas no fué ciertamente Luisito de los que se asustaron, ni mucho menos, pues como estaba seguro de lo que aprendía no tenía miedo de responder aunque fuese en presencia de Dios mismo.

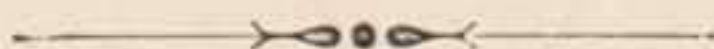
Así, pues, al tocarle el turno a Luisito, éste respondió con exactitud y seguridad a todas las preguntas que le hizo el profesor, lo cual, como es natural, llamó la atención del presidente, un personaje de quien todos hablaban con muchísimo respeto,



y que, fijando en el niño su penetrante y dulce mirada, le hizo también por su cuenta dos o tres preguntas, que Luisito satisfizo sin titubear y con acierto, provocando en todos los presentes un fuerte murmullo de admiración.

‘ No quiero fatigaros contando lo demás que pasó en aquellos exámenes; solamente quiero deciros que el primer premio fué para Luisito. Llamado al estrado para recibir su recompensa, el niño subió a él en medio del silencio de los presentes; pero en el momento en que recibía en sus manos una colección de libros lujosamente encuadernados, rompieron todos en atronadores aplausos y en un grito general que decía;

—¡ Bien merecido !



VISITA INESPERADA

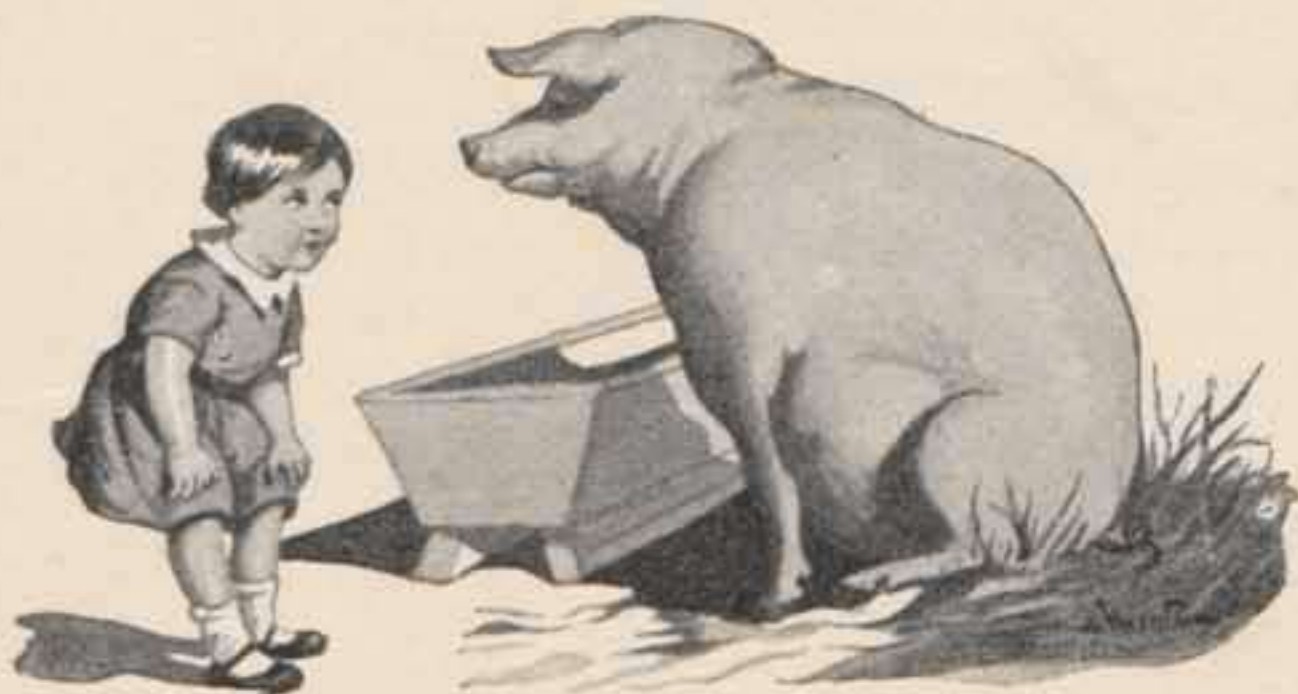
En el campo, junto al camino, había una choza cuya puerta era muy baja y cuyas ventanas distaban poco del techo y no estaban tampoco muy lejos del suelo. Alrededor de la choza crecían espinos, zarzas y otras malezas, mientras sus paredes recibían el estrecho abrazo de la yedra. Su techo era de bálago, y la rodeaba un jardín o huerto, cercado por un seto lleno de flores. En el piso bajo vivía un cerdo incapaz de hacer daño a nadie, aunque su aspecto fuese sobradamente terrible.



Arriba, en el piso alto, tres niños jugaban, iluminados por los suaves rayos de la luna. El más chico no tenía aún dos años.

Cuando más entretenidos estaban los niños en el juego, abrióse la puerta... Era el cerdo, que se aburría abajo, y que había acabado por encontrar el camino de la escalera. Asustados al principio, los niños se acurrucaron en un rincón, pero el cerdo los descubrió, se aproximó a ellos, y lejos de hacerles el menor daño se encaró con el niño más pequeño, se sentó sobre sus patas traseras y lo saludó con una reverencia muy amable. Animados los niños, lo acariciaron. Momentos después jugaban los cuatro, como si fueran amigos de toda la vida.

Alguien empujó la puerta entonces, y la abrió. Era la mamá de los niños. Al ver ese cuadro se quedó muda de terror, con el



rostro blanco como el de una muerta, la boca entreabierta y los ojos extraviados. Pero el más chico movió la cabeza con donaire y dijo en su lenguaje balbuciente :

—¡ No te asustes, mamá ; no nos ha hecho nada !

ANHELO INFANTIL



Había un matrimonio que tenía una hija preciosa, de ojos azules como el cielo, cabello rubio como el oro, y una carita tan sonrosada y dulce que cuantos la veían exclamaban sin poder contenerse :

—¡Qué niña tan angelical!

Huelga decir que sus papás se adoraban en ella y que todos los que visitaban a los papás, al verla tan linda, la comían a besos.

Una mañana despertó la niña arrullada por el canto de un pajarito; prestó atención y pudo observar que ese canto era muy triste. Lanzábalo una alondra que tenía sobradas razones para afligirse: la habían encerrado el día anterior en una jaula, y lloraba la libertad perdida, la belleza del campo, sus viajes por los aires.

Con toda el alma habría deseado Matildita, pues éste era el nombre de la niña de nuestra historia, ayudarla a recobrar su libertad: pero, ¿cómo hacerlo? La compasión que sintió por el cautivo pajarito le hizo olvidar la felicidad que la rodeaba, las caricias de sus papás, y se quedó triste y afligida.

—¡Qué te pasa, cielo mío?—le preguntaba su mamá, teniéndola en sus faldas y haciéndole mil caricias—. ¿Por qué lloras, por qué te afliges, por qué ha desaparecido de tus ojos la alegría?

Nada pudo descubrir. La tristeza de la niña iba en aumento y llegó a inquietar hondamente a sus papás, que no podían acertar con la causa de ella. Muchas conferencias tuvieron entre sí, mil medios inventaron para averiguar lo que a su hijita había robado la alegría, pero todo fué inútil.

—¡Observaré, y sabré lo que necesito saber!—dijo al fin el papá un día.

Y desde aquel momento no apartó sus miradas de Matildita. Pronto dió con la clave del enigma.

A la mañana siguiente, Matildita, sin sospechar que alguien la estaba viendo, se dirigió furtivamente al sitio donde estaba la alondra. Abrió sin hacer ruido las hojas del balcón. El papá lo veía todo por un agujerito de la puerta. La niña se acercó a la jaula, y en ese momento sintió que alguien le tocaba el hombro. Inclínose hacia atrás y sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

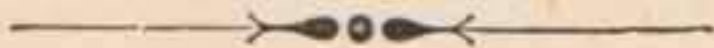
—¿Qué buscas aquí?—le preguntó el papá.

La niña siguió llorando.

—Dime, hijita, ¿qué es lo que deseas?—insistió el papá extremando sus caricias.

—Quería besar a la alondra, que está triste, y no me atrevía a decírtelo.

El papá besó a la niña en la frente y dió libertad al pajarito, con lo cual devolvió a Matildita su habitual alegría.



EL SERRUCHO

Ha muchos años vivía en cierto lugar una niña, rubia y sonrosada, en compañía de sus papás, que la idolatraban, y de su abuelito, que se embobaba contemplándola. Una noche, papá, mamá y abuelito dormían, pero no la niña. Se podía haber visto que las cortinas de la camita se agitaban, que la niña levantaba la cabeza. ¿Estaba contemplando, acaso, las hermosas figuras de un soberbio tapiz que pendía de la pared? ¡Hermoso tapiz! Representaba una escena campestre cuyos personajes, ricamente



ataviados con trajes de la época Luis XV, parecían vivir, respirar, hablar. Pero no: la niña no contemplaba el tapiz. En medio de la habitación había un velador lleno de muñequitos y de preciosidades a los cuales hacían guardia dos hermosos jarrones llenos de flores. La niña tenía una obsesión: el serrucho. ¿Era posible que ese instrumento pudiera aserrar?—No creía que la sierra tuviese fuerza suficiente—.

¿Dónde lo probaré —se dijo—. Voy a aserrar algo que sea delgado; por ejemplo, uno de los pies del velador.—Y dicho y hecho: se sentó cómodamente y empezó a aserrar empleando todas sus fuerzas.

A poco andar, el pie quedó cortado, y el velador, perdiendo el equilibrio, se vino al suelo, y junto con él, con gran estrépito, cayeron jarrones y muñequitos. Despertó la mamá sobresaltada; abrió los ojos, adelantó la cabeza, y creyó ver duendes, fantasmas y ladrones.

—¡Dios mío!—gritó, loca de terror, llamando al papá.

Abrió éste los ojos, se los frotó y saltó de la cama; pero ya

se le había adelantado el abuelito, que penetró en la sala llevando una palmatoria en la mano, seguido por el papá y la mamá.

Pasearon sus miradas temerosas por la habitación: vieron a la niña asustada, el velador derribado, los muñequitos y jarrones esparcidos por el suelo.



Después de un momento de silencio, exclamaron a coro los papás y el abuelito :

—¡ Pero si es Ernestina !

Y cuando se dieron cuenta de lo que había hecho la niña, resolvieron no comprar más juguetes que, como el serrucho, pudieran ocasionar perjuicios.



EL REINADO DEL LEBREL

—¡ Viva nuestro rey!—gritó con todas sus fuerzas el asno, encargado por la ley de dar a conocer a los electores el resultado de la elección.

—¡ Vivaaa!—contestaron las discordantes y ensordecedoras voces de todos los que forman el reino animal.

Después de repetir por tres veces los vivas, colocaron sobre el elevado trono al favorecido, un viejo lebrel de rabo inconmensurable y orejas grandísimas, gran cazador y furibundo partidario de la ley del más fuerte y del más astuto.

Era el trono un poste elevadísimo que se alzaba hasta más arriba de las nubes, y que estaba plantado en una explanada pintoresca, circundada de espesos bosques y de verdes enramadas, y a poca distancia de un mar de esmeraldas.

Tenía lugar esta escena en los tiempos en que, según refieren añejas crónicas, el mundo estaba cubierto de bosques, los hombres eran sólo medio civilizados, y los animales se regían por leyes propias cuyo cumplimiento vigilaba desde lo alto del trono uno a quien anualmente elegían por sufragio universal.

Ya está entronizado el gran lebrel. Desde su elevado poste dominaba el mundo entero. El disco redondo del sol iluminaba su astuta cara, radiante de gozo: en sus ojos escudriñadores, a cuya mirada penetrante nada puede escapar, se ven llamaradas de alegría.

—¡ Qué veo!—refunfuña, fijando la mirada cerca de un estanque y poniendo un hocico de pocos amigos—. ¡ Insensata rana! ¡ Habráse visto! ¡ Ni sirven para tus ojos saltones esos lentes,



ni para tus posaderas la banqueta, ni el bastoncito para quien tiene tan poca gracia como tú! ¡No! Hoy mismo publicaré una real orden prohibiendo que se abandonen las costumbres de nuestros mayores y se adopten las de nuestros verdugos.

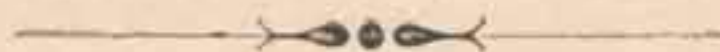
Otros pensamientos más halagüeños fueron disipando poco a poco su enojo.

—Todo el mundo puede verme ahora, y la luna y el sol también—pensaba para sus adentros—, y yo lo veo todo y nada...

Cortóse el hilo de sus reflexiones. Acababa de ver en un claro del bosque una escena que produjo en él los efectos del rayo.

¡Un podenco jugaba con un conejo! ¡Horror de los horrores!

Tan intensa fué la cólera del rey, que, desenroscando el rabo, se cayó del poste y perdió a un tiempo el trono y la vida.



LA VERDADERA FELICIDAD



Alicia, hija de una familia riquísima, era la niña mimada de la casa. Es cierto que su mamá apenas la veía ocupada como estaba en recibir y en hacer visitas, en asistir a los teatros, reuniones y pasatiempos, lo que le robaba todo el tiempo; pero, en cambio, Alicia tenía dos doncellas encargadas exclusivamente de su servicio, vestía muy lindos trajecitos, era dueña de un verdadero almacén de muñecas y juguetes y no carecía de nada que pudiera servir para hacerla feliz.

No lejos de la casa de Alicia vivía Julita, hija de unos pobres trabajadores. También la querían a ésa con delirio sus papás; pero como és-

tos eran pobres no podían poner doncellas a su servicio, ni vestirla con lujo, ni regalarle juguetes y muñecas. Sin embargo, la idolatraban, se la comían a besos y la rodeaban de tanto cariño que éste compensaba con creces todas las cosas que la riqueza puede proporcionar.

Un día se encontraron en la calle Alicia, que lucía un hermoso vestido y que estaba cargada de muñecas, y Julita, que vestía un delantalito blanco, un sombrero de papel empenachado con una graciosa pluma de pavo, confeccionado y adornado por ella misma. Julita enarbolaba un palo,



con su correspondiente trapo a guisa de bandera, y arrastraba un carrito, muy tosco pero hecho por su papá.

—¿Has dejado en casa las muñecas? — le preguntó Alicia.

—No, no tengo muñecas—respondió Julita.

—¿Cómo! ¿no te las compran tus papás?

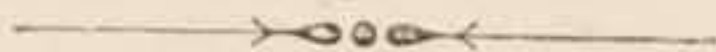
—Son muy pobres y no tienen dinero.

—¡Pobrecita! ¡Debes ser muy desgraciada!

—Todo lo contrario: soy muy feliz; pues, si no tengo muñecas, tengo en cambio muchos besos de mis papás, que me gustan más que todas las muñecas.

Alicia se quedó pensativa un momento, y después dijo con acento de tristeza:

—¡Tienes razón! Yo tengo juguetes, pero me faltan esos besos, que valen más que mis juguetes.



EL PRIMER PASO



Aquél sí que fué un día verdaderamente alegre para la graciosa Enriqueta, que vivía con sus papás y con una hermanita de poco más de un año en una hermosa quinta rodeada de un jardín bellísimo, cuyas preciosas flores y sabrosas frutas era un verdadero encanto contemplar y saborear.

Pero he dicho que aquél sí que fué un día verdaderamente alegre, y voy a contaros por qué.

Enriqueta tenía una hermanita, llamada Alicia, a la que quería muchísimo: jamás se separaba de su lado, y desde hacía tiempo consagraba sus afa-

nes a la ingrata tarea de enseñarle a dar los primeros pasos.

Pues bien: aquel día Enriqueta vió cumplidos en parte sus anhelos, pues Alicia dió algunos pasos. Es cierto que eran torpes y vacilantes, pero todas las cosas quieren principio, y Enriqueta estaba segura de que no pasaría mucho tiempo sin que su hermanita corriese tanto como ella.

Ha pasado un año. Otra vez encontramos en la quinta a Enriqueta y Alicia, pero la primera no se dedica ya a la tarea penosa del año anterior: ahora saborea el fruto de sus trabajos pasados. Alicia no puede correr aún, como ella, tras las

mariposas que revolotean por el jardín, pero anda sin vacilaciones, y es su compañera inseparable en todos los paseos.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseíto?—pregunta Enriqueta a Alicia.

—Sí—contesta ésta con su dulce vocecita.

Y ambas salen alegres, formando una pareja encantadora, para jugar hasta que el sol se hunda en el horizonte. No esperan, sin embargo, que la luz del astro rey abandone la tierra por completo dejándola envuelta en las negras sombras de la noche: antes que llegue ese momento regresan a su casa para recibir los amorosos besos de sus papás.



CARRERA FANTASTICA Y CAIDA REAL

Aquella tarde había asistido Ernestito a una carrera de caballos. La apostura de los jinetes, la velocidad de los caballos, la animación y aplausos que la concurrencia prodigó a los vencedores lo dejaron encantado.

—¡Cómprame un caballo, papaíto!—decía más tarde con mucho mimo.

—Eres todavía muy pequeño, hijo mío—contestaba el papá—; cuando seas más grande, si te aplicas y eres obediente, te compraré un caballito.

Calló el niño, aunque no estaba del todo convencido.

Llegó la hora de dormir: mas ¡cómo, si por su imaginación excitada desfilaban veloces millares de caballos! ¡Imposible!

Cuando todos dormían en la casa, Ernestito se levantó sigilosamente de la cama, y bajó al jardín. ¡Oh fortuna! La suerte, siempre complaciente con los niños, le deparó un ca-



ballo precioso, sobre el cual montó Ernestito sin hacerse rogar.

Partió el caballo al trote largo: momentos después, corría vertiginosamente. Imaginad ahora cuál sería la sorpresa de Ernestito cuando, al ir a agarrarse al caballo, vió que éste se había convertido en un leño y que otro tanto acababa de ocurrirle a él mismo.

Entretanto, la carrera se hacía más violenta. El leño daba saltos portentosos que salvaban bosques y montañas con pasmosa facilidad. A Ernestito, no obstante haberse transformado en leño, zumbábanle los oídos, íbasele la vista, y su espanto llegó al último límite, cuando pudo observar que ya no viajaba por la tierra sino sobre las nubes.

Era de día cuando terminó la carrera. Se encontró en su camita, sudoroso, agitado y sintiendo algún quebranto en los huesos : seguramente éstos eran los efectos del fantástico viaje, aunque a decir verdad no podía decir a punto fijo si ese viaje había sido real o soñado.

Han pasado dos meses. Ernestito está con sus papás en el campo. Los armoniosos cantos de los pajarillos, los brillantes colores de las flores no tienen el menor encanto para él; de todo cuanto hay en la granja sólo una cosa atrae sus miradas : sólo el burrito que tiene el jardinero seduce al niño. De buena gana cabalgaría en él, pero... ¿y si se transforma también en leño y le obliga a surcar las nubes?

Al fin un día se decide a probar la ventura, y monta. El burrito no se remonta hasta las nubes; no se convierte en leño; no salva montes ni bosques; pero emprende una carrera muy peligrosa para Ernestito, salta un cerco, y... el quebrantamiento de huesos, que como consecuencia sufrió nuestro precoz jinete, fué más positivo y duradero que el de la noche de su sueño.



LOS DOS ANGELITOS



Me gustan los niños, particularmente los pequeñitos. Me place verlos en sus juegos cuando se creen solitos. Pero he aquí lo que iba a contaros.

Vi ayer una niña bellísima, delicada : seguramente no pasaba de los cuatro años, pero, por su formalidad y compostura, parecía una persona mayor. Se paseaba por el jardín, entre las flores, y puedo aseguráros que en belleza las aventajaba a todas.

Vila más tarde a orillas del mar, en la playa, pero no estaba ya sola : tenía amorosamente abra-

zada a otra niña pequeñita hermana suya. ¡Qué júbilo resplandecía en sus ojos !

—¡ Me quieres mucho, nena ?
—le preguntaba besándola sin cesar—. Mañana te traeré otra vez a la playa, ¿quieres ?

Y la pequeñita, con una sonrisa de felicidad, miraba alternativamente a su hermana y a la playa.



Al anoecer he vuelto a verlas. La chiquita está en la cuna, y a su lado la mayor, que no se separará de ella hasta dejarla dulcemente dormida. Generalmente el sueño es complaciente con ella y se acerca apenas cierra los ojos. Su hermanita no se atreve a respirar para no despertarla, y, gozosa, contempla aquella carita sonrosada, aquel cabello rizado que la hace parecer un angelito del cielo.

ROBERTO EL TRAVIESO

Como de costumbre, aquella noche estaba Roberto extraordinariamente alborotado. Envuelto en una larga camisa que pudo hallar a mano, arrollada al cuello una bufanda de su papá y calzados los zapatones de la cocinera, saltaba sobre una sola pierna.

—¿Qué es esto?—dijo su mamá interrumpiéndolo en medio de sus diabluras.

Calló Roberto, mirando a su mamá con la confusión propia de quien es sorprendido *in fraganti*, y se fué a dormir.

Pocos días después, la familia de nuestro héroe hallábase instalada, como todos los veranos, en su casita de campo. Tenía ésta por la parte de delante un jardín con flores que el jardinero cuidaba con solícito esmero. Procurando no ser visto, penetra Roberto al anochecer en el jardín: las flores tiemblan de espanto al verle, pues en su mirada han leído sus intenciones y saben que ser arrancadas es perder la vida. ¡Roberto se acerca y las arranca una tras otra!

—¿Qué desgracia!—decía a la mañana siguiente el jardinero—. ¡Oh, es espantoso lo que han hecho con mis flores!

Testigo de la desesperación del jardinero era el mismo Roberto, quien vestido con el traje de Perico, niño de



su edad e hijo de aquel buen hombre, contemplaba con mirada maligna y siniestra alegría los apuros del bueno del jardinero y se reía de su mal humor.



No habían pasado muchos días, cuando salió a rondar por los campos con la idea de apoderarse de algunos nidos. Vió uno en un árbol, trepó por su tronco, alargó la mano para llevárselo, cedió la rama en que apoyaba sus pies, y nuestro Roberto fué a parar al suelo, sin nido y quizá no con todos los huesos enteramente sanos.

Deseando cerciorase de esto último, pónese en pie y llama en la casa de un campesino que vivía allí cerca.

Nadie contesta. Convencido de que la casa está desierta, quiere registrarla.

Momentos después corría por los campos llevando el traje que el campesino tenía guardado en una arca para los días de fiesta, y con un paraguas bajo el brazo. Atolondrado como siempre, no advierte que se va a volcar torrentes de agua sobre la tierra.

El sol se ha hundido ya en el horizonte, y Roberto comprende que ha llegado la hora de volver a su casa, pasando antes por la del campesino para tomar nuevamente su trajecito.

En aquel momento principia la lluvia... ¡No importa! ¡abrirá el paraguas!

A medida que nuestro héroe adelantaba en su camino, hacíasele más insoportable el paraguas; pero, ¿cómo librarse de ese estorbo sin perder una prenda tan necesaria en aquella ocasión?



No se apuraba Roberto por tan poca cosa. Con un cortaplumas hizo una abertura en la parte superior y asomó por ella la cabeza. ¡Magnífico! ¡ya sus manos estaban libres! Su cara reveló el júbilo que inundaba su pecho.

A la mañana siguiente encontraron a Roberto acurrucado junto al tronco de un árbol, aterido de frío, empapado y llorando. La noche había sido para él horrorosa por demás. Extraviado, imposibilitado de continuar la marcha por aquellos caminos que el agua había hecho intransitables, había tenido que pasar la noche a la intemperie, muerto de miedo, y temiendo percances todavía más graves.



Esta travesura le ocasionó una grave enfermedad, que estuvo a punto de arrebatárle la vida, y de la que tardó mucho tiempo en reponerse.

Desde aquel día Roberto cambió por completo. Dura fué la lección que había recibido, pero supo aprovecharla.

Todos los niños deben, como Robertito, aprovechar las lecciones de la experiencia y, siempre que vayan a hacer alguna travesura, meditar en las consecuencias que les puede ocasionar.





EL DUEÑO DE CASA

—¡Oye, Pepita!—decía Albertito—. ¿Has visto las tres señoras que están de visita en el salón?

—Las he visto un momento—contestó la interpelada, una monísima niña como de seis años—, pero no me he fijado en ellas gran cosa; sin embargo, me han parecido muy amables.

—No sé qué te diga—repuso Albertito—. En cuanto se han fijado en mí se han puesto a reír, a hacerme cortesías y reverencias y a llamarme el dueño de casa.

—¡Es particular!—replicó la niña—. ¿Por qué lo dirán? Pues yo creo que el dueño de casa es papá, ¿no te parece?

—¡Así lo he creído siempre! Pero es que, o mucho me equivoco, o las señoras no decían eso seriamente... ¡No, no! Reían mucho, y, además, eran tan exageradas las reverencias...

Dicho esto, penetraron los niños en el salón.

—Señora—dijo Albertito a una de las que allí se encontraban—, si usted me lo permite, le presentaré al dueño de casa.

Siguió la señora a los niños, que la llevaron al jardín y la pusieron frente a su tío Roberto que, tumbado sobre el mullido césped, dormía profundamente.

—¡Mira qué gracioso!—decía luego Albertito—. Y la señora no se ha reído... ¿Por qué será?





¡MUY BIEN HECHO!

—El jardinero te espera, Celita.

—¡ Un momento, mamita, un momento nada más!

—¡ Ah, ya caigo! Tu primo Enrique te está contando un cuento.

—¡ Muy cortito!—dijo este último—. Erase un perro grande,



enorme, que se llamaba Tiburón; un perro muy formal, grave y poco amigo de juegos, como cuadra a quien tiene a su cargo la importante misión de vigilar el jardín, y vivía en la misma casa otro perrito entrometido, gruñón y de mal carácter, que aprovechaba todas las ocasiones para mortificar y fastidiar al primero, llevando no pocas veces su osadía

hasta el extremo de hacerle daño. Tiburón callaba y sufría,

sin parecer advertir las insolencias del otro, cada día más malévolo y atrevido.

Un día, el perrito reunió una porción de amigos tan malos como él y los llevó a la casa para que lo ayudasen en la tarea de atormentar al paciente Tiburón, sin pensar que la paciencia tiene sus límites, como efectivamente los tuvo aquel día la de nuestro perrazo.

Harto ya de impertinencias, Tiburón agarró al perrito bonitamente por el pescuezo y salió

corriendo en dirección a un lodazal que había a poca distancia, en el campo. Al llegar allá buscó el lugar donde el barro era



más espeso, y después de soltar allí su carga, regresó tranquilamente a la casa dejando que el impertinente perrito saliese del apuro como Dios o su habilidad le dieran a entender.



Celita aplaudió entusiasmada, exclamando al propio tiempo:

—¡Muy bien hecho!



EN LA PLAYA

—¡Qué desgracia, papá! Dice Marta que este año no podremos ir a nuestra casa de campo.

—¿Qué vamos a hacerle, hijos míos? Nos quedaremos en casa.

—Pero, papá... ¿sin salir de la ciudad?—exclamaron en coro seis voces infantiles.

—¡Si todos los niños pudieran quejarse como vosotros, que

tenéis una casa magnífica, un jardín precioso! ¡Cuántos niños carecen de una y otra cosa! ¡Cómo! ¡Aquí Laura, tan temprano? Supongo que no será para comunicarnos noticias desagradables.

—¡Oh, tío, nada de eso! Pero nos vamos a ir a nuestra casita de la playa y tendríamos mucho gusto en que nos acompañasen allá todos ustedes.

—¡Papaíto, papaíto, di que sí!—exclamaron los niños a un tiempo.

—Perfectamente, Laura, acepto la invitación con muchísimo gusto.

La alegría que el anuncio y los preparativos del viaje produjeron en aquella familia no son para descriptos, y las molestias consiguientes al traslado de tantos niños, sólo la paciencia y el cariño de un padre pudieron sufrirlas; pero al fin llegaron todos, sanos, salvos y satisfechos, al término del viaje.



—Hoy saldremos a pescar camarones—dijo el papá, entregando una red a cada uno de sus hijos, inclusive Tomasito, que sólo tenía tres años—. El día está espléndido, los camarones abundan por esta parte, y nos divertiremos mucho.

Se metieron los niños en el agua y jugaron durante algún tiempo.

—¡He pescado un *camalón* como mi *toltuga*!—gritaba en su media lengua Tomasito.

—¡A ver?—dijo su papá aproximándose—. Tienes razón: es un camarón especial parecido a tu tortuga, Tomasito.

Era un cangrejo enorme.

Así pasaron dos horas deliciosas, y así hubieran pasado ellos todo el verano.





EL DESEO DE EDUARDO

Isabel y Eduardo acababan de pasar un día delicioso. Libres de los collares de sus almidonados cuellos y de la cárcel de los zapatos, habían dedicado el domingo entero a chapotear entre las olas en aquel mar francamente abierto, en cuyas bien lavadas arenas su tía Adela, su profesora de natación, había plantado

una blanca tienda que los ponía a cubierto de los rayos del sol en las horas en que éstos caían más a plomo.

Que disfrutaron lo indecible, no hay por qué decirlo: que bastaron muy pocas lecciones para que todos aprendieran a nadar como pececillos, cosa es que todos vosotros habréis adivinado. Pero ¡ah! el corazón es insaciable en sus deseos, y no bien llegaron a su casa, dijo Eduardo:

—Mucho nos hemos divertido, es cierto, pero nunca hemos estado embarcados. ¡Cuánto desearía hacer un viajecito por mar!

—¡Otra vez será!—contestó su mamá, sonriendo y cambiando con tía miradas de inteligencia.

Con gran admiración de los niños, una mañana vieron cruzar la bahía un hermoso yate, que fué a dar fondo precisamente frente a su casa. Subió de punto su sorpresa al ver a su tío Ricardo de pie en el puente, y haciéndoles señas con un pañuelo.

Momentos después estaban todos a bordo, el yate levaba anclas, hinchaba el viento sus blancas velas, y la embarcación surcaba las olas balanceándose suavemente, como un cisne, y dejaba tras ella las elegantes casascuinas, las frescas umbrías, las verdes enramadas.

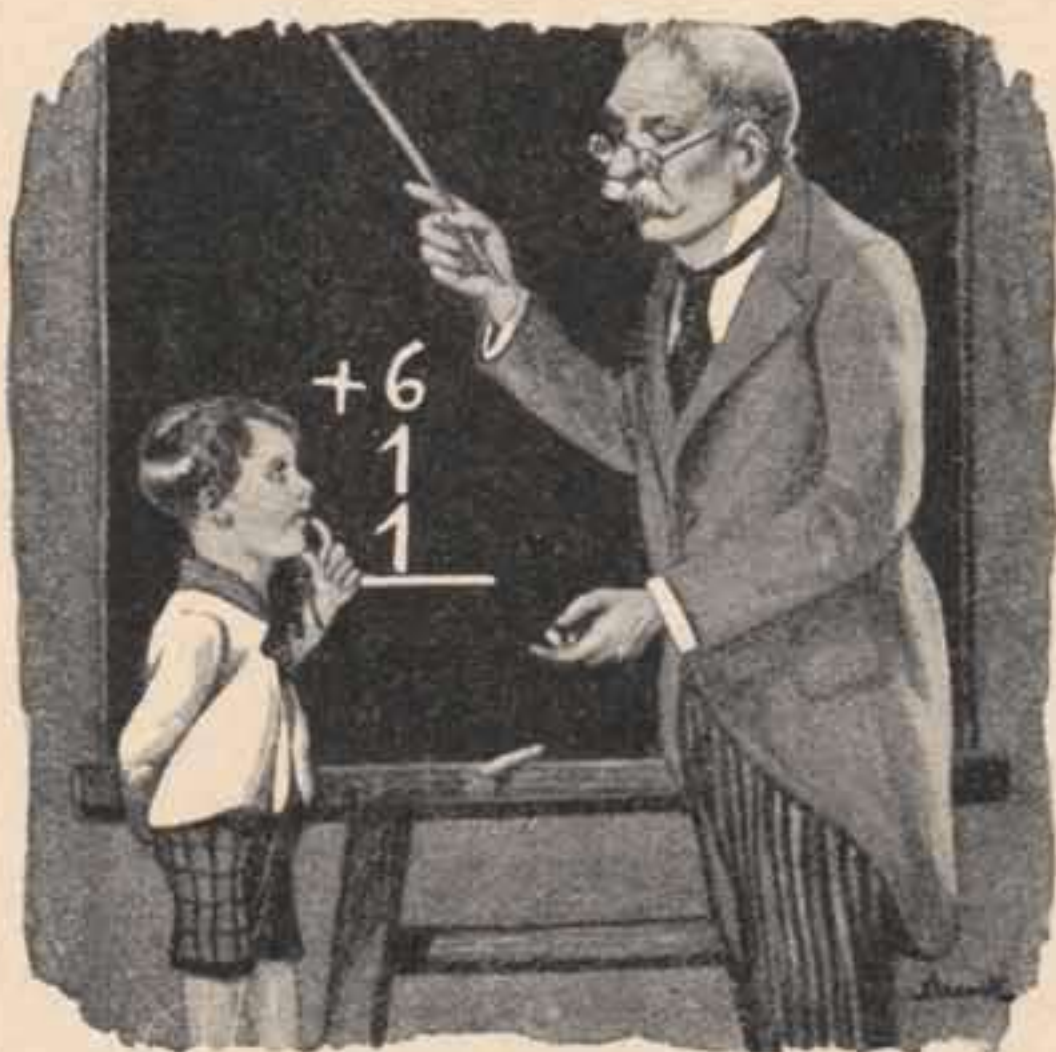
—Esta es la parte más deliciosa del programa—decía Isabel encantada.

Eduardo nada dijo; pero formó la resolución de ser marino en cuanto fuese hombre.



UN NIÑO DESPEJADO

—Vamos a ver, Tomasito : si tienes seis hermosas manzanas maduras y dulces, y yo te regalo una más, ¿cuántas manzanas tendrás?



Calló el profesor esperando la respuesta. Tomasito pensó un buen rato, se rascó la frente, y al fin, en tono muy vacilante, contestó :

—Siete.

Sonrió complacido el maestro y movió la cabeza en señal de aprobación, pues la cuenta estaba bien hecha.

—¡Magnífico!—continuó. —Y si a esas siete añadiésemos una más, ¿cuántas tendrías, Tomasito?

El discípulo fijó sus miradas en el suelo, como si éste fuera a darle la solución ; pero el suelo fué tan ingrato que nada le dijo.

—Piénsalo bien ; tienes siete y te regalo una más...

Tomasito alzó los ojos del suelo y los fijó en el techo : ¡nueva decepción! El techo se mostró tan poco complaciente como el suelo.

—Piensa con calma, y no te atolondres : Mira : tienes ya siete... y ¿te fijas? siete... yo te regalo una más para que la pongas junto a las que ya tienes. Ahora bien : ¿cuántas tendrás en todo, entonces?

—Una canasta llena, señor—contesta al fin en tono triunfante Tomasito.



CARRERA PRECIPITADA

Era Perico un terrible atormentador de los animales. Unas veces apedreando a los perros, otras acosando a los gatos, otras robando de los nidos inocentes pajaritos, no pasaba un solo día



sin que se dedicase a la censurable costumbre de maltratar a esos pobres seres.

—No martirices nunca a los animales — repetíale a cada paso el maestro, conocedor de su perversa costumbre—, no te han hecho daño alguno; antes por el contrario, son utilísimos

al hombre, y revela haber perdido toda la sensibilidad de su corazón el niño que se entretiene en atormentarlos.

¡Aprovechaba Perico consejos tan saludables? Vais a verlo en seguida.



No ha muchos días salió de paseo, y a los primeros pasos encuentra un toro. Ignora si este animal sufrirá paciente sus bromas, pero, esclavo de su mala costumbre, lo excita moviendo los brazos, y hasta creo que se atreve a tirarle una piedra. El toro vuelve hacia él su furiosa mirada, escarba el suelo con sus poderosas pezuñas y acaba por lanzarse en su seguimiento con la velocidad del huracán, mugiendo de rabia.

¡Si hubierais visto entonces a Perico! No corría, volaba.

Pálido, desencajado, creyendo a cada momento verse despedazado entre los cuernos del furioso animal, perdió su sonrisa para mucho tiempo.

Es fama que la lección que ese día le dió el toro fué más eficaz que todas las que había recibido antes del maestro.



TRAVESURAS DE ROBERTO

Lloraba la pobre Marujita, víctima de la maldad de su hermano Roberto. Le habían regalado para su cumpleaños una muñeca encantadora : no podéis imaginaros vosotros qué muñeca tan linda y delicada. Ahora bien : Marujita encontró su muñeca colgada de un árbol del jardín, arriba, muy arriba, en una rama que ella no podía alcanzar. Y por eso lloraba. La muñeca lloraba también ; tendía sus brazos por entre las verdes ramas del árbol y parecía considerarse muy desgraciada.

¡ Pobre muñeca ! Caía la tarde... ¿ Se quedaría sola, toda la noche sola en el jardín ? No ; la niña no podía consentir en eso. Comunicó lo ocurrido a su mamá, y ésta se apresuró a sacar a la pobre muñeca de su situación tan difícil.

— Ven acá, Roberto—decía poco después a su hijo en tono severo—. ¿ Por qué has colgado del árbol la muñeca de Marujita ?

— Yo no la he colgado, mamá—respondió el muy pillo.

— Nadie sino tú ha podido hacerlo, tú que eres tan perverso, que sólo haciendo daño estás satisfecho. Y no sólo has cometido esa acción mala, sino que en este momento estás mintiendo.

— Yo no la he colgado, mamá—repitió el niño.



—Tú la has colgado, tú, que tienes todos los defectos y ninguna buena cualidad : tú, que jamás obedeces a tus padres ; tú, que no haces el menor caso de las enseñanzas que se te dan. Vamos a ver : ¿cuántas veces te he dicho que los niños no deben andar con las manos metidas en los bolsillos ? Responde.

—Entonces, ¿para qué sirven los bolsillos, mamá ?



HISTORIA DE UN LORO

Rabiaba Tomasito por ir al Jardín Zoológico. Dos o tres veces había estado en él y había visto las diferentes fieras y aves expuestas a la admiración del público. No le agradaban mucho los tigres, leones, panteras y osos, no; todo lo contrario, le causaban espanto... ¡Si alguno llegase a romper la jaula! ¡Qué horror! Las serpientes, las focas y los cocodrilos le producían una impresión de repugnancia, y las aves de indiferencia; y si bien es verdad que los monos lo divirtieron un poquito con sus muecas y contorsiones, pronto los dió al olvido.

Lo que le gustó sobremanera, lo que lo entusiasmó, lo que se grabó en su imaginación con fuerza irresistible, fué el loro: aquel loro hermoso que, colgándose con su patita de un anillo que pendía de la parte superior de la jaula, decía con voz un si es no es áspera: —Lorito real... lorito real.

No sabía el niño hablar de otra cosa: las palabras del loro sonaban constantemente en sus oídos.

Su mamá, que lo quería entrañablemente, como quieren todas las mamás a los niños aplicados, buenos y obedientes, lo llevó una tarde al Jardín Zoológico.





—Oye, Tomasito—le dijo durante el camino—: ¿quieres que te cuente una linda historia?

—¡Sí, sí, mamita!

—Pues escucha. Había una vez una exposición de loros. Ya sabes que en las exposiciones se conceden premios. Pues bien; en ésa ganaría el primer premio el loro que pronunciase la frase que, a juicio del jurado, fuera más ingeniosa.

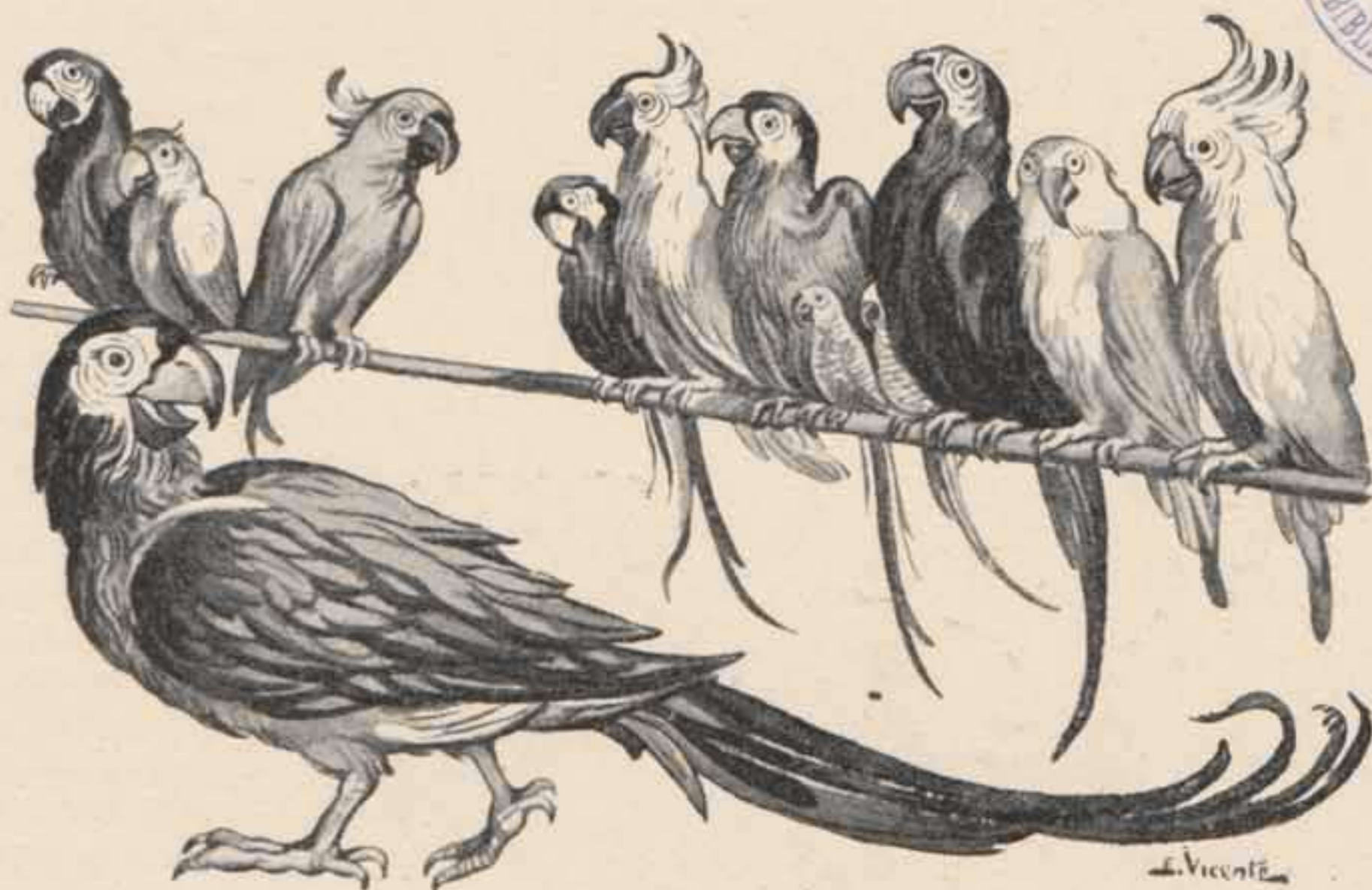
Excuso decirte que acudieron muchos, muchísimos loros; no faltó uno solo de los que se tenían por sabios, chistosos y ocu-

rrentes. Reunido el jurado, y abierta la exposición, fueron pasando todos los loros por delante del tribunal clasificador, y al pasar pronunciaban una frase que todos se esforzaban para que fuera la más ocurrente e ingeniosa. Una vez pronunciada la frase, se iban alineando en una parte de la sala que se les había indicado previamente.

El último en llegar, al ver tantos loros reunidos, olvidó la frase que había preparado, y poniendo sus ojos en el lugar donde se hallaban reunidos sus congéneres en espera del premio, al verlos en número tan considerable exclamó:

—¡Caramba! ¡qué colección de avechuchos!

—Y esta frase—concluyó la madre—le valió a ese loro el primer premio.





Fotografía curiosa

El sabio doctor Fisgón, botánico eminente, que en Africa realizaba un viaje de estudio, salió una mañana al campo, y mientras herborizaba por los alrededores de su tienda de campaña, llamó su atención una flor delicada y hermosísima en torno de la cual revoloteaban zumbando las abejas.



Embebido en su contemplación, no advirtió que hacia él avanzaba cautelosamente una serpiente boa.

Saltó el sombrero de la cabeza cual si un poderoso resorte lo hubiese empujado, dobláronsele las piernas, su rostro adquirió la palidez de un difunto, y a punto estaba ya el sabio de morir de miedo cuando ¡oh, fortunál vió que un cai-



mán agarraba entre sus afilados dientes la cola de la serpiente.

La serpiente se revolvió furiosa, y entre los dos animales se desarrolló entonces una terrible lucha.

—¡Quietitos!
—exclamó el sabio reventando de júbilo y enfocándolos con su cámara fotográfica. —¡Un momento! ¡Háganme el favor!... así... ¡ya está!



Momentos después, la serpiente y el caimán yacían en tierra sin vida.

No hay palabras con qué pintar la alegría del sabio doctor Fisgón cuando, camino de su casa, se llevaba a la rastra a los dos animales. Mucho pesaban éstos y mucho sudó él, mastodó lo dió por bien empleado al verse sano y salvo.



A ORILLAS DEL MAR



He visto jóvenes cadetes, casi niños, que vestían por primera vez el brillante uniforme; he visto hermosas niñas con su traje de novia; he visto princesitas sonriendo de dicha por el esplendor de su tocado y de su vestido, pero no he visto jamás una felicidad semejante a la de Luisita, niña de cinco años, cuando se vió en el tren que la conducía velozmente a la hermosa playa en que había estado el verano anterior y de la que conservaba recuerdos vagos y confusos, sí, pero encantadores.

—¿Tendré este año también una pala, una azada y un balde?—preguntaba a su mamá.

—Sí, hija mía, sí; en cuanto lleguemos, te compraré todo eso—contestaba la mamá.

Y efectivamente; tan pronto como se instalaron en la casita, sin detenerse a reposar de las fatigas del viaje, tomó la mamá de la mano a Luisita y la llevó a un bazar donde le compró un balde, una pala y una azada.

El lugar donde veranean es encantador sobre toda ponderación. El azul purísimo de su cielo embelesa, el sol es brillante, y las brisas del mar operan una visible transformación en las mejillas de



la niña, antes un poquito pálidas, y entonces rojas y notablemente bronceadas : y esto a pesar de que la niña no abandona nunca su ancho sombrero blanco. Pero la cosa no puede extrañar si se tiene en cuenta que Luisita pasa la mayor parte del día en la playa, ora cavando, ora removiendo la arena con la pala, ejercicios que la agradan tanto que, por su gusto, no regresaría nunca a su casita.

—Mañana llega papáito— le dijo un sábado su mamá.

—¿Vendrá con nosotras a la playa,—preguntó Luisita.

—Sí; creo que sí.

—Entonces voy a construirle un palacio muy grande y hermoso.



Trabajaba Luisita con todo el ardor de que era capaz ; pero la arena era muy resbaladiza y poco consistente, y la obra adelantaba muy despacio.

En el momento en que su mamá gritaba : «¡Ya está aquí!», una ráfaga de viento se llevó el sombrero de Luisita. Quiso ésta apoderarse de él, pero resbaló en la arena, y cayó. El papá tuvo que levantar del suelo una niña llorosa y cubierta de arena antes que pudiera darle un beso.





DESCUBRIMIENTO DE OLINDA

—¿Quiere tener la bondad, señora, de regalarme unas flores para mi mamaíta?

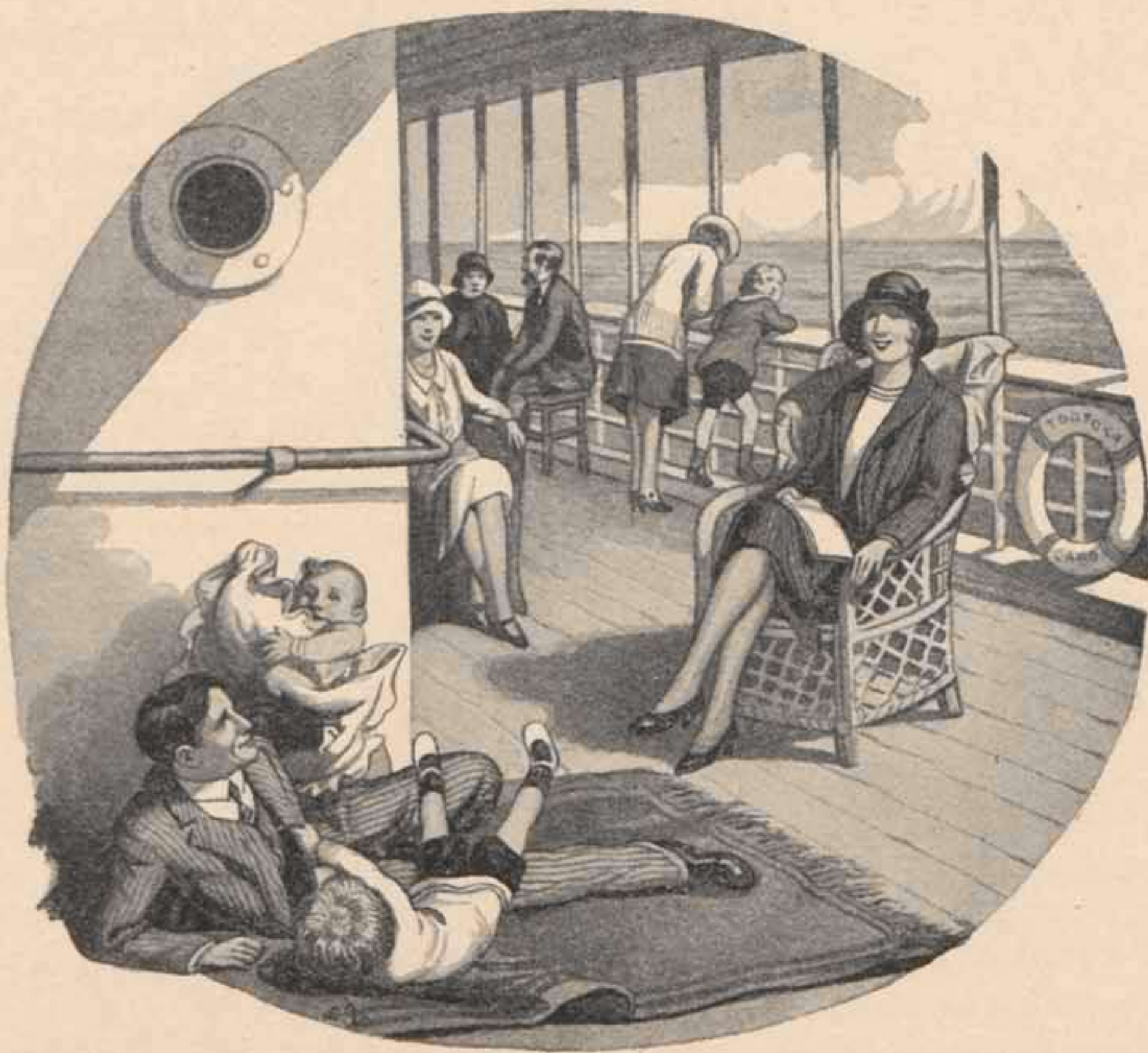
Alzó la señora Brígida los ojos del libro que estaba leyendo, y vió ante sí a una niña de unos siete años, vestidita de blanco.

—Con muchísimo gusto, querida—contestó—; todas las que quieras. Dime, niña, ¿quién eres, que no te he visto nunca por aquí?

—Soy Olinda Moncada, señora. Mañana llega mi mamá, y vinimos ayer con mi abuelito para preparar la casa.

—¡Santo cielo!—exclamó la señora Brígida—. ¡Si eres la hija de la señora Adelina!

Huelga decir que Olinda no comprendió lo que la anciana quería decir, pues sólo mucho tiempo después supo que la señora Brígida había sido la nodriza de su mamá. La niña pudo llevarse las flores más hermosas, que la anciana escogió una por una. Al día siguiente, tan pronto atracó el vapor que conducía al capitán Moncada Ariel y a su señora, apresuráronse ambos a hacer una visita a la «nodriza de mamá», visita que, casi es inútil decirlo, agradó sobremanera a la señora Brígida.



LA MERIENDA

En una clinica había seis niñas enfermas.

Llegada la hora de la merienda, la enfermera preparó la mesa, la cubrió con un mantel blanquísimo, puso sobre ella algunos platos, y dijo :

—¿Quién quiere merendar?

—¡Yo! —gritó Anita desde la cama.

—¡Yo también! —exclamó Elenita.

Marujilla, que se encontraba ya casi completamente restablecida, nada dijo, pero corrió a sentarse a la mesa.

—Queda sitio para otra—anunció la enfermera.

Las demás enfermitas no estaban en disposición de abandonar



la cama, y callaron. Marujilla, entonces, sentó a su muñeca en la silla vacante.

Las tres niñas la emprendieron con la merienda, no tardando en dar buena cuenta de ella...

—Y para la muñeca—preguntó Marujilla—, ¿qué hay? La pobrecita tiene hambre...

—¿Para la muñeca?—exclamó riendo la enfermera—. Tienes razón; también la muñeca debe merendar... A la muñeca pueden darle todo el pastel que han dejado.

Pero no había quedado ni una miga de ese pastel, que era muy rico; por lo que la muñeca no pudo merendar esa tarde.

LA RIÑA

—¡Oye, Santiago! ¿crees que he olvidado lo que pasó en los últimos exámenes?—preguntó Roberto.

—¡Tengo yo la culpa?—dijo Santiago.

—Tengas o no la culpa, el caso es que te llevaste el premio... a pesar de lo cual yo sabía más que tú, y si no me lucí tanto en los exámenes fué porque no quise, ¿sabes?

—¡Miren al vanidoso!

—No es vanidad, es que tengo conciencia de que era yo quien merecía el premio, y tú estás orgulloso de saber más que yo... como si eso fuera verdad. Ahora mismo te enseñaré, orgulloso, quién soy yo, pues has olvidado que valgo mil veces más que tú.

A medida que adelantaba en su discurso, Roberto se iba poniendo iracundo, y al pronunciar las últimas palabras se plantó frente a Santiago en ademán de descargarle un golpe.

Se interpuso Elisita, y recibió en su cabeza el puñetazo destinado a Santiago. Cayó la niña al suelo y los contendientes la creyeron muerta. Entre los dos la condujeron a su casa, donde estuvo muchos días enferma.

—Jamás volveré a reñir—decía Roberto—, si llega a ponerse buena.

Elisita se curó, y Roberto cumplió fielmente su promesa.



PICARDÍAS DE ALEJANDRITO



Lanzó Alejandrito un guijarro de tamaño más que regular contra un vidrio, y, como es natural, el vidrio saltó hecho mil pedazos. Su papá, al advertir el desaguisado, cogió por una oreja al travieso muchacho y le dijo:

—¿Qué daño te había hecho el vidrio? ¿Por qué lo has roto?

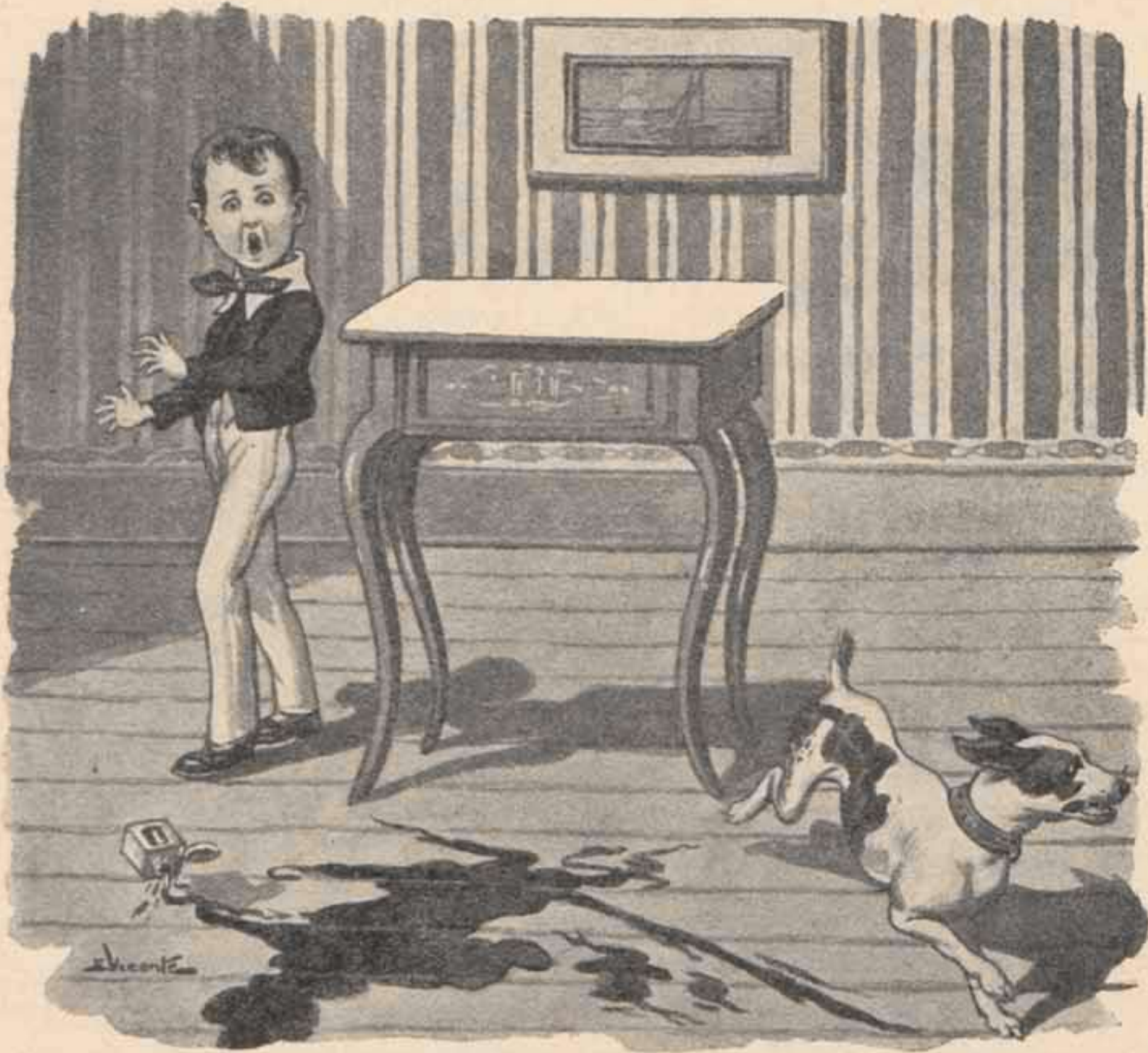
—He tirado una piedra pequeña como un garbanzo—contestó Alejandrito gimo-teando—, una piedrecita que no podía causar ese daño.

—¡Tunante! —replicó el papá—, ¿una piedrita como un garbanzo y has hecho trizas el vidrio?

—¡No me lo explico!—argüía el niño—, sin duda se trata de uno de esos accidentes raros que nadie puede comprender.

Ha pocos días, Alejandrito se divertía hostigando y acosando al perro. Huyendo éste de sus malas mañas, penetró corriendo en una habitación en cuyo centro había un velador, y sobre el velador un tintero lleno de tinta. Siguióle Alejandrito: el perro dió varios saltos en busca de una salida, hasta que al fin, aprovechando un descuido del muchacho, huyó por la puerta con el rabo entre las piernas.

—¡ Es particular!—exclamaba momentos después Alejandrito, viendo el tintero derribado y la tinta desparramada por el piso—. ¡ Esto es muy raro! ¡ Lo más raro que jamás he visto! ¡ Si no lo estuviese viendo, no lo creería! La mesa allí, yo aquí, ¡ Cómo, pues, ha podido ocurrir esto?



LO QUE PESCÓ EL TÍO JACOBO

Un tío de Carlitos, llamado Jacobo, tenía una afición loca a la pesca. Todas las mañanas, armado de su caña y sin olvidar el cestito en el cual pensaba colocar los pececillos que mordieran en su anzuelo, salía de su casa el buen tío Jacobo, encaminándose maquinalmente a un remanso del río donde abundaba mucho la pesca.

Ocurrió, no ha mucho tiempo, que, llegada la hora de comer, no pareció, como de costumbre, el tío Jacobo.

—¿Le habrá sucedido algo?—se preguntaban todos en la casa.

Pasaban las horas y el tío Jacobo no parecía. Al fin Carlitos, lleno de impaciencia y temiendo que su tío hubiera sido víctima de algún accidente, salió en su busca, dirigiéndose al remanso del río.

Allí lo encontró. Dando muestras de una paciencia a prueba de desengaños, el tío Jacobo acechaba, fijos sus ojos en el corcho, el momento en que éste anunciara la torpeza de algún incauto: el corcho, que, por lo visto, era de una testarudez

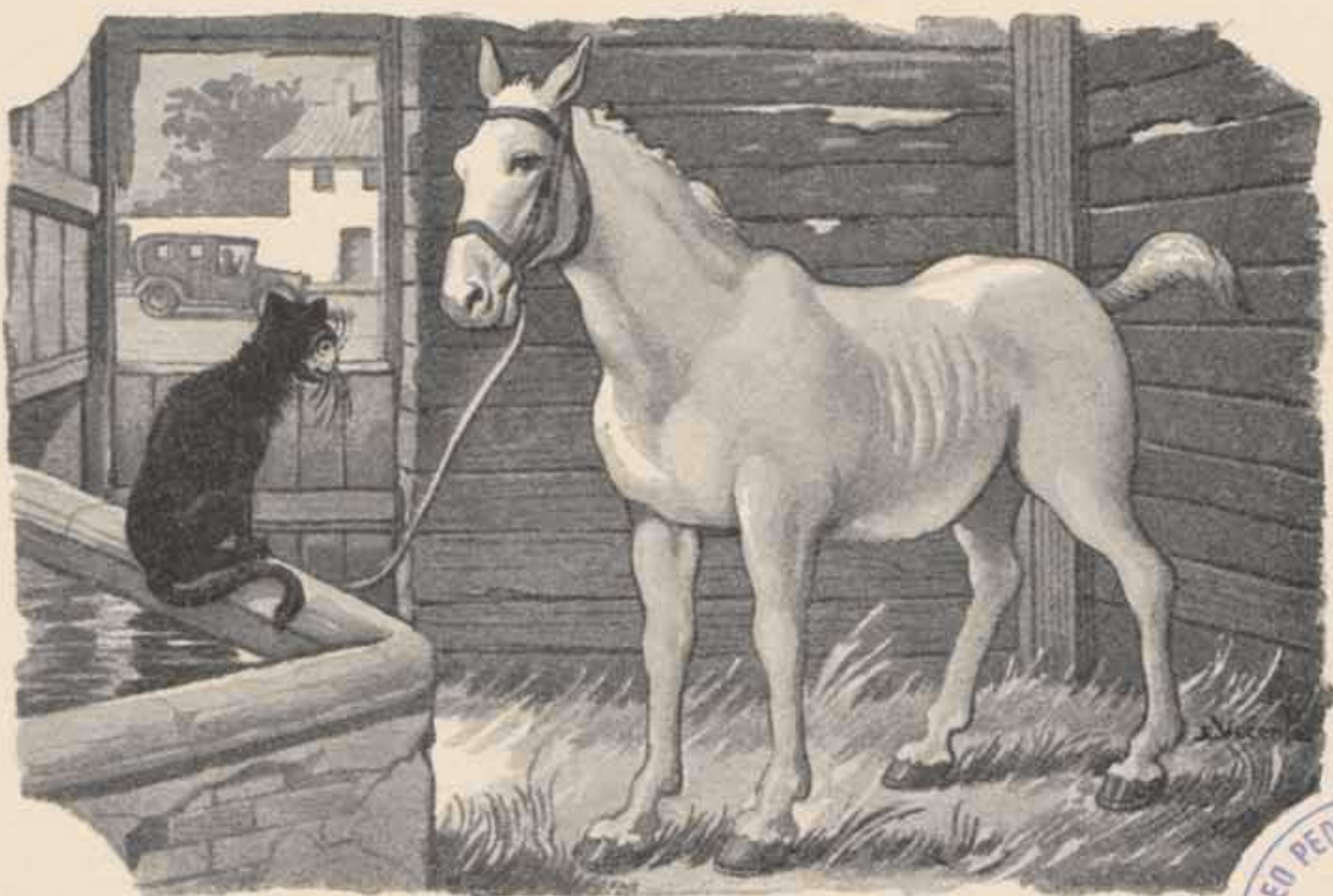
sólo comparable con la paciencia del pescador, se empeñaba en permanecer inmóvil. En este duelo empeñado entre la paciencia del uno y la terquedad del otro pasaban las horas, y ni el tío Jacobo se acordó de que la hora de comer había llegado, y también pasado, ni observó que el sol se estaba hundiendo en el horizonte, ni que, desde hacía dos horas soplaba un vientecillo sutil que se filtraba hasta los huesos.

Carlitos corrió hacia la cestita creyendo hallarla llena.

—¡Cómo!—exclamó asombrado—. ¿No ha pescado usted nada, tío?

—¡Sí!—contestó éste, con triste acento—. ¡He pescado un catarro!



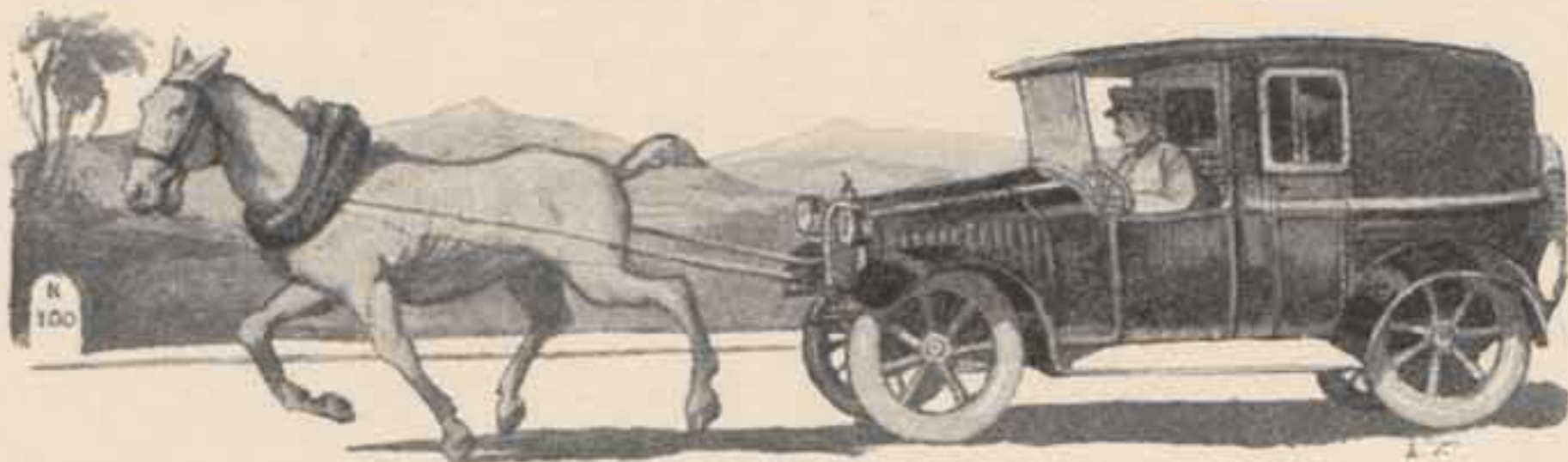


CONSUELOS



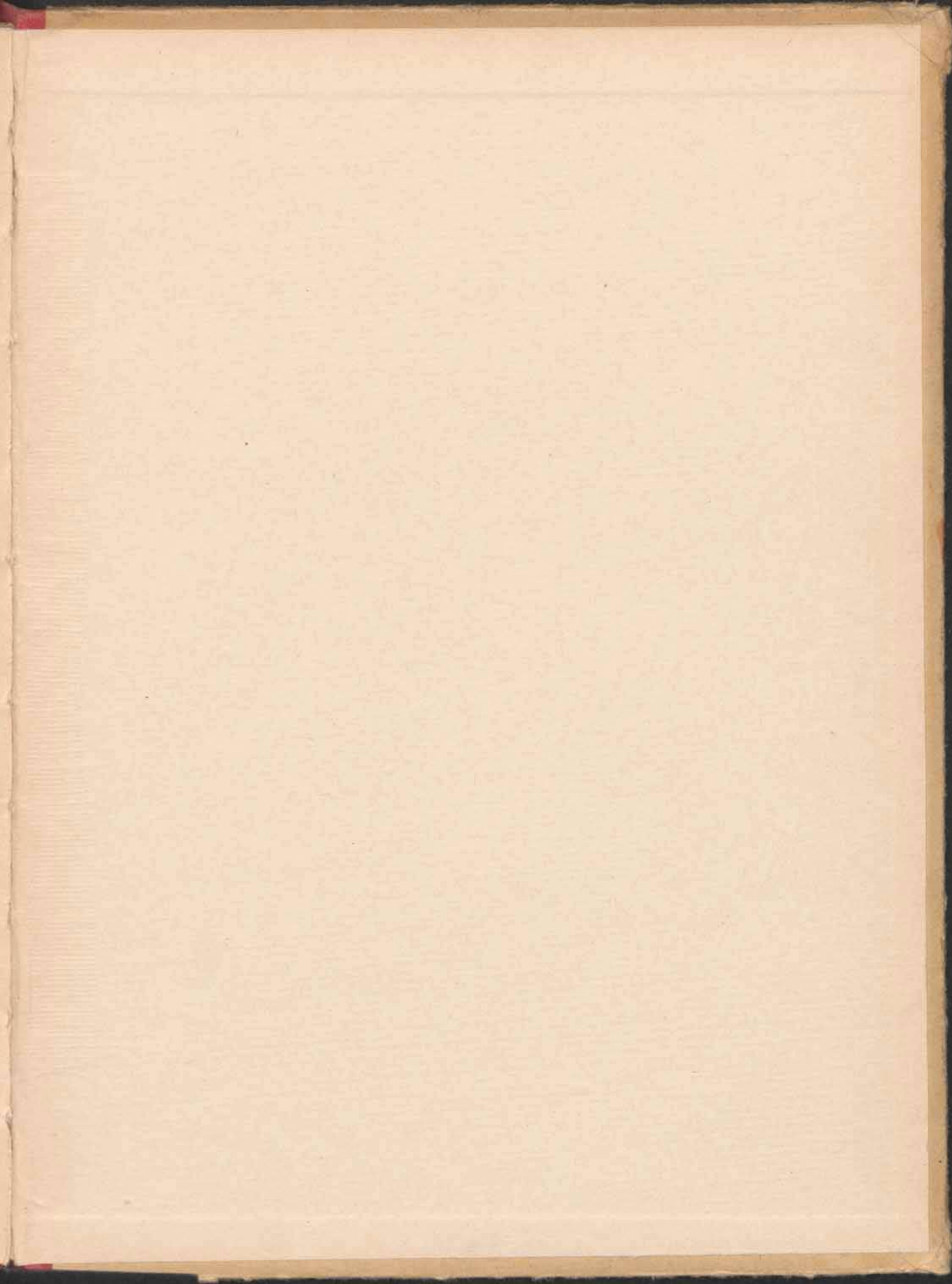
—¡ Ay de mí!—exclamaba con acento plañidero un viejo caballo blanco—. ¡ Todo lo veo negro! ¡ Las cosas se ponen peores cada día! ¡ Esos automóviles que recorren rápidos los caminos acabarán por hacer inútiles mis servicios! ¡ Tiemblo al pensarlo! ¡ Pronto no serviré para nada!... fuerza es que me resigne...

—¡ No te apures, amigo, no te apures!—contestóle, moviendo la cabeza, un gato negro que estaba oyendo sus quejas—. Es cierto que los automóviles lo invaden todo; es cierto que por las calles de las ciudades apenas se puede transitar ya sin correr el riesgo de morir aplastado; pero no por eso quedarás relegado tú al olvido... Los automóviles no te desbancarán por completo, porque tus servicios serán necesarios, por lo menos, para tirar de ellos cuando alguna avería los deje inútiles.



INDICE

	PÁGS.
Heroísmo de Adelita.	5
Cambio de programa.	8
«Papá se ha ido».....	10
Tía Prudencia..	12
¡ Bien merecido !.....	14
Visita inesperada.....	17
Anhelo infantil	18
El serrucho..	20
El reinado del lebrele..	22
La verdadera felicidad.....	24
El primer paso..	26
Carrera fantástica y caída real	28
Los dos angelitos..	30
Roberto el travieso	31
El dueño de casa.....	34
¡ Muy bien hecho !.	36
En la playa..	38
El deseo de Eduardo..	40
Un niño despejado	42
Carrera precipitada.....	43
Travesuras de Roberto.....	45
Historia de un loro	47
Fotografía curiosa	50
A orillas del mar.....	52
Descubrimiento de Olinda..	54
La merienda.	56
La riña	57
Picardías de Alejandrino	58
Lo que pescó el tío Jacobo..	60
Consuelos	61



BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

- | | | |
|--|--|--|
| <p>Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.</p> | <p>El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusoe.
Lo que puede más que el hombre.</p> | <p>Lo que somos.
Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.</p> |
|--|--|--|

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | | |
|--|--|---|
| <p>1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
11. Cuentos de Andersen. (1.º)
10. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícaro vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.</p> | <p>23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
42. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
41. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (Primera parte.)</p> | <p>44. Las Indias negras. (Segunda parte.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma. — El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarias.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.</p> |
|--|--|---|